

La mujer que tenía una barra de bar por mesilla de noche

Manuel FV

**LA MUJER QUE
TENÍA UNA
BARRA DE BAR
POR MESILLA
DE NOCHE**

MANUEL FERNÁNDEZ-VILVERDE

Capítulo 1

LA MUJER QUE TENÍA UNA BARRA DE BAR POR

MESILLA DE NOCHE

Fernanda, simplemente no era. Ni rubia ni morena, y puede que tampoco pelirroja. Iba o volvía, siempre intentando encontrar la dirección de lo que no tenía; y por no tener, ni Fernanda era su nombre.

No Fernanda vivía en un minúsculo piso en la calle Montmany, en el barrio de Gràcia. Cuarenta metros cuadrados mal distribuidos, mal decorados y mal en general. En la cocina tenía que pedir permiso a la puerta para entrar. Aquel pedazo de madera no siempre estaba por la labor de deslizarse por entre la mierda que había en el suelo. "Ah, condenada puerta, un día me vengaré y te dejaré abierta para siempre". En el baño, si estornudara mientras estaba sentada en el retrete, podía reventarse la frente contra el lavabo, rebotar y partirse la nuca con la cisterna. Cagar era un deporte de riesgo.

Una pared gritaba verde pistacho en su dormitorio. Enjaulada allí sobrevivía una cama que crujía con solo mirarla junto a una mesilla de noche hecha con mármol blanco, como el de una barra de bar. No había sitio para un armario, así que la ropa dejaba acumular polvo colgada de un "burro" de metal que quedaba a los pies de la cama.

El cuarto de estar-salón-comedor o zona donde estaba el televisor era la única parte alegre de la casa. Por las mañanas, el sol que entraba por los dos ventanales sucios golpeaba con fuerza sobre el gotelé blanco de las paredes. Casi se podía respirar la energía matutina que entraba.

Pero No Fernanda era feliz en su pequeño refugio. Tenía una nevera en la que enfriar la cerveza y un pequeño balcón desde el que otear a la gente que pasaba en las bochornosas noches de verano. La cerveza. Qué gran amiga. Ese sabor amargo que tanto le había repugnado cuando la probó por primera vez, cuando tenía seis años, acabando los "culos" de los quintos que sus padres habían dejado tras la celebración con amigos de un partido de fútbol del valeroso Rayo Conquense. Esa espuma que se quedaba en la sempiterna sombra de bigote, o el chispazo que calmaba el día, por malo que hubiera sido. Sí, la cerveza había conquistado su vida como lo habría hecho la pasión de un amor verdadero o el calor reconfortante de un trabajo absorbente y estresante que le hubiera provocado úlcera de estómago y la necesidad adictiva de los ansiolíticos. Ninguna de las dos cosas llegó. Nunca. Lo primero estuvo cerca una vez, pero su inexperta ineptitud alejó al chico cuando al intentar mezclar comodidad con sensualidad se puso un tanga encima de una braga de

color carne. Lo segundo, bueno, lo segundo ni siquiera lo buscó.

Sin embargo, "Estrella" sabía escucharla cuando llegaba a casa. Fría acariciaba sus labios, helada se quedaba en sus venas. Sin celos si se iba con otra, sin resentimiento si cambiaba de marca. Tan llena quedaba de ella que salía a la calle a intentar olvidarla. La recuerdo en el bar Canigó, dando tumbos de columna en columna hasta llegar al fondo de la barra, y ahí, haciendo lo posible por hablar con los chicos que intentaban llegar al baño. La mayoría apartaba la mirada para no establecer contacto visual con ella. Otros no sabían si quedarse a ayudarla por si terminaba cayendo o huir antes de que regara el lugar con zumo de cebada. Pobre No Fernanda. Si pudiera abandonar mi posición de narrador omnisciente habría acudido alguna de esas noches para llevarla a casa y tajarla con el cubrecama. O puede que hubiera huido como la mayoría. Seguramente sí, lo habría hecho.

Al día siguiente, sin saber cómo había conseguido llegar a casa, abría un ojo y veía a su querida cebadita sobre la mesilla de mármol. Desde ahí miraba pétrea, vacía, seca. Esa traidora la había abandonado a su suerte por la noche de Barcelona. "Ya no me quiere, Estrella. Ahora te haces la dura y no me ofreces nada". Se levantaba y esos cuarenta metros se hacían cóncavos, mientras su cerebro se empeñaba en ser convexo. Alcanzaba la ducha, abría el calor sin alcohol y el agua disimulaba las lágrimas de quien sabe que no hay salida. El café le daba tantas náuseas como ganas de volver a la cama. Pero sin excitantes el día sería eterno. En el balcón dejaba que el aire despejara su mente, al menos lo suficiente como para ir al trabajo y disimular, aunque supiera que en el fondo absolutamente nadie repararía en su existencia. En el metro las ganas de vomitar volvían. El olor a sudor, a colonias que deberían estar prohibidas por el octanaje de su dulzor, y el traqueteo intermitente de las paradas adormecían su caótica resaca. Llegaba al trabajo. Y miraba a sus compañeros. Les veía ir de un sitio a otro, charlar, responder mails de forma automática, reírse de gilipolleces que habían visto en la tele la noche anterior. Salir a fumar, tomar uno, dos, tres cafés. Y volver a fumar. Alargar las horas hasta el momento de ir a comer. "Por fin llega la hora, vamos al tailandés de la esquina". Dos horas. Dos putas horas tardaba la gente en ir, comer y volver. Y otras cuatro respondiendo mails, fumando y tomando café. Lo malo, lo peor, lo doloroso, es que ella también quería fumar, tomar café y tardar dos horas en comer en el tailandés de la esquina, pero nadie se lo había propuesto nunca. Así que miraba desde su sitio con una rara mezcla de odio y envidia regadas con una bucólica sonrisa que hacía su día cada vez más insoportable.

"Estrella, te echo de menos. Pronto volveré a casa, porque aquí está claro que nadie me aprecia". El metro de vuelta. El mismo olor, esta vez empobrecido por las prisas y las ganas de llegar. La noche empezaba a cerrar las puertas y antes de subir a casa, compraba en *Ultramarinos Bach*. A las nueve de la noche de vuelta y otra vez peleándose con la puerta de

la cocina. Así la vi la última vez que escribí sobre ella. Ni sobria ni beoda. Ni rubia ni morena, y puede que pelirroja tampoco. O a lo mejor que sí se llamara Fernanda.